Advertirémos, por último, que el buen escritor no ha de andar, por decirlo así, á caza de figuras para embellecer su asunto, porque no puede haber belleza sólida donde falta la naturalidad. Si domina la materia de que trata, si está bien penetrado del asunto, si ha juntado un rico caudal de materiales y de pruebas, si ha educado el oido con la asídua lectura de los clásicos, si ha formado su gusto con el análisis juicioso de los buenos modelos, si tiene, en fin, génio y disposicion natural, las figuras brotarán espontáneamente de su pluma, y será elocuente sin esfuerzo ni artificio, que es el mejor género de elocuencia.

CAPÍTULO XI.

Del estilo y sus calidades en general.

Llamaban *estilo* los antiguos á un instrumento de hierro, especie de punzon, con que grababan los caracteres en unas tablitas cubiertas de una ligera capa de cera. Y así como nosotros, para designar que uno escribe ó pinta bien solemos decir «que tiene una excelente *pluma*, un arrogante *pincel*,» así decian ellos en igual significacion: «Tal escritor tiene un incomparable *estilo*.» De manera que esta voz ha venido á designar por extension, no ya el instrumento material de que se servian para escribir, sino el matiz ó carácter literario del escrito. De consiguiente, *estilo* no es otra cosa que «aquella manera particular como cada uno expresa sus pensamientos por medio del lenguaje:» manera que le distingue de los demás, y nace de los pensamientos y sus formas, de las expresiones con que se enuncian y del corte especial de las cláusulas.

La misma variedad que ha establecido la naturaleza en las fisonomias de los hombres, esa misma se descubre en los diferentes modos de escribir. Y así como la belleza del rostro humano puede ser de muchas maneras, así la belleza del estilo puede ser el resultado de calidades muy diversas, aunque buenas todas en su línea.

Confunden algunos el *estilo* con el *lenguaje*, siendo á la verdad cosas distintas. En una composicion entendemos por

lenguaje «la coleccion de expresiones con que en ella enuncia sus pensamientos el autor.» De consiguiente, el lenguaje será una de las partes componentes del estilo, pero este no nace solo de aquel. Los pensamientos, las formas con que se expresan, el gusto peculiar del escritor, su talento, su educacion literaria, su mayor ó menor sensibilidad, todo contribuye á elaborar su estilo propio. Puede muy bien ser puro, correcto y castizo el lenguaje, y ser al mismo tiempo vicioso el estilo por lo enmarañado de las cláusulas, por la falta de cadencia en sus miembros, por lo bajo de las expresiones, etc.

Cada género de composicion pide un como estilo peculiar suyo; porque es evidente que de distinta manera han de escribirse una obra didáctica y un discurso oratorio, una carta familiar y una arenga. Pero aun dentro de unas mismas clases caben delicadas diferencias de estilo, como de hecho se notan cotejando historiadores con historiadores, filósofos con filósofos, y unos poetas con otros.

Los antiguos retóricos dividieron el estilo en *sencillo*, *templado* y *sublime*. Llamaron *sencillo* al que solo mira á la pureza del lenguaje y claridad de los pensamientos, excluyendo los adornos brillantes: estilo propio de la conversacion y de los asuntos de poca importancia. Dieron el nombre de *templado* al que guarda un temperamento medio entre el sencillo y el sublime; ni tan despojado de adornos como el primero, ni de tanta majestad y pompa como el segundo: estilo propio de los asuntos de mediana importancia en general. Llamaron finalmente *sublime* al que tiene elevacion de pensamientos, imágenes grandiosas, variada sonoridad de cadencias, figuras patéticas y valientes: estilo propio de las composiciones más elevadas. Pero es evidente que en esta division hay mucha vaguedad, porque si el estilo es el resultado de ciertas calidades dominantes que constituyen diversas maneras de decir, déjase conocer que ha de variar tanto como varien aquellas cualidades, pudiendo admitir infinitas denominaciones, muchas de las cuales convendrán á uno mismo, siendo á la vez limpio, noble, correcto, elegante, etc. (1)

---

(1) El estilo recibe diversas denominaciones de sus buenas ó malas calidades en general, aunque las últimas no constituyen en rigor un estilo, sino más bien un vicio de estilo. Así suele llamarse *preciso* ó *vago*, *correcto* ó *descuidado*, *original* ó *comun*, *duro* ó *suave*, *noble* ó *bajo*, *elegante* ó *desaliñado*, *árido* ó *pomposo*, etc., etc. Por el tono dominante de la obra, suele llamarse *majestuoso*, *humilde*, *serio*, *burlesco*, etc. Por

Dejando pues á un lado subdivisiones inconducentes á nuestro propósito, nos limitaremos á considerar el estilo atendiendo: 1.° á la extension de la cláusula: 2.° á la manera de pensar y sentir del escritor: 3.° á los grados de ornato que admite: y 4.° á la mayor ó menor naturalidad que en él reina. En el primer concepto puede ser el estilo *cortado* ó *periódico*, *difuso* ó *conciso*: en el segundo, *nervioso*, *vehemente* ó *débil*: en el tercero, *árido*, *llano*, *limpio*, *elegante* y *florido*: en el cuarto, *sencillo* y *afectado*. Indicaremos las propiedades de cada uno.

§. 1.°

Estilo periódico, cortado, difuso y conciso.

Por lo que hace al estilo *cortado* y al *periódico* nada tenemos que añadir á lo que ya manifestamos al hablar de las cláusulas cortadas y periódicas (cap. III). Recuérdese lo que allí se dijo, y los ejemplos con que se demostró la naturaleza de unas y otras. Baste pues saber que las cláusulas periódicas dan nombre al estilo *periódico*, y las cortadas al *cortado*.

El estilo *difuso* consiste en desenvolver completamente los pensamientos presentándolos bajo aspectos diferentes para que puedan ser bien comprendidos. Este estilo generalmente admite cláusulas periódicas, frecuentes ampliaciones, figuras y toda clase de adornos. Pero si la difusion es extremada, si los pensamientos no se varian con acierto, degenera en vicio, resultando entonces *flojo* y *lánguido* el estilo.

Ciceron es sin disputa el modelo más acabado en este género: citaremos como ejemplo de estilo difuso el principio de la Catilinaria: «¿Hasta cuándo has de abusar, Catilina, de nuestro sufrimiento? ¿Cuánto tiempo hemos de ser el juguete

el género á que pertenece la composicion se llama *oratorio*, *forense*, *didáctico*, *epistolar*, *lírico*, *trágico*, etc., etc. Por los escritores recibe el nombre de *ciceroniano*, *virgiliano*, *pindárico*, *gongorino*, etc. Y últimamente, por los paises suele llamarse *ático*, *lacónico*, *oriental*, etc.

de ese furor que te agita? ¿Cuándo cesará de insultarnos esa tu desenfrenada audacia?..... ¿No conoces que están ya descubiertas tus maquinaciones? ¿No ves que está ya reprimida tu conjuracion, sabedores como son de ella todos los presentes? ¿Quién de nosotros te parece ignora ya qué hiciste en la pasada noche, qué en la anterior, dónde estuviste, con quiénes conferenciaste y cuál fué tu resolucion?.....» En los tres primeros miembros no hay más que un pensamiento capital, y otro en el resto del pasaje; pero el orador le presenta siempre con novedad y con interés creciente, y lejos de empalagar al lector, le encanta y le embelesa.

El estilo *conciso* consiste en presentar los pensamientos con las menos palabras posibles y las más expresivas, quitando todo aquello que no añade al sentido una cosa esencial. Este estilo atiende más al nervio y robustez que á la cadencia y armonia, y generalmente abunda en cláusulas cortadas. Cuando es extremada la concision, degenera en vicio y hace oscuro el sentido. Como ejemplo de estilo conciso citaremos el siguiente pasaje de Saavedra: «Los príncipes, que tan superiores se hallan á los demás, desprecian la envidia. Quien no tuviere valor para ello, no le tendrá para ser príncipe. Intentar vencella con los beneficios ó con el rigor, es imprudente empresa. Todos los mónstruos sujetó Hércules, y contra este no vastó ni la fuerza ni el beneficio: por ninguno depone el pueblo las murmuraciones: todos le parecen deuda, y se los promete mayores que los que recibe. Ladran los perros á la luna, y ella con majestuoso desprecio prosigue el curso de su viaje. La primer regla del dominar es saber tolerar la envidia.....» Ciceron hubiera llenado algunas páginas con estas líneas de Saavedra: Saavedra hubiera reducido á pocas líneas algunas páginas de Ciceron (1).

La naturaleza misma del asunto sugerirá al buen escritor cuándo ha de inclinarse al estilo difuso ó al conciso, aparte el influjo que sobre esto tenga su temperamento y gusto, y su misma situacion moral.

(1) Nótese que no es precisamente el corte de los periodos lo que caracteriza el estilo conciso y el difuso. Puede haber difusion en cláusulas cortas si se repite en muchas el mismo pensamiento; y concision en las periódicas si se presenta bajo un solo punto de vista, desnudo de todo pomposo ornato, y cercenado todo lo que no sea esencial.

§. 2.º

Estilo nervioso, débil y vehemente.

El estilo *nervioso* consiste en expresar los pensamientos con fuerza haciendo de ellos una pintura viva por medio de voces expresivas y enérgicas y de una coordinacion vigorosa. Si el escritor tiene una idea clara del objeto y siente con fuerza lo que se propone comunicar, será indudablemente enérgico, ora siga el estilo difuso ó el conciso. En el caso contrario será débil, por más concision que haya en sus escritos.

Para que los jóvenes puedan formarse una idea del estilo nervioso, sirva de ejemplo el siguiente pasaje de D. Joaquin Lorenzo Villanueva al hacer la pintura de la corte: ..... «En las córtes, así como peligra la humildad entre las honras, y la tranquilidad del ánimo entre los negocios, así anda tambien expuesta la sencillez por los lazos que la arman de contínuo el dolo y el fingimiento. Esto eres, o corte, albergue de las grandes pasiones, teatro de la soberbia humana y de sus miserias. Muy contados son los que residen en ti sin aborrecer ó ser aborrecidos, sin ser esclavos del propio furor ó víctimas del ageno. En ti se ven salir de lenguas envenenadas palabras melosas; pasear juntos y sentarse á una mesa rivales ocultos cuyos pechos están divididos por el odio ó el interés. En tus calles resuenan parabienes alegres de ánimos tristes y comidos de envidia. En tus alcázares se aunan los enemigos para derribar á los que llaman hermanos..... En esta escuela de la doblez educa el gran mundo á sus discípulos; con esta leche cria á sus alumnos; con este caudal hace su inícuo comercio.»

El estilo nervioso llevado á la exageracion puede degenerar en duro descuidando demasiado las formas por atender á la energia. Generalmente hablando, es propio de toda composicion grave y sólida.

El *débil* es el contrario del nervioso, y proviene de que el escritor no siente con fuerza.

El estilo *vehemente* es hijo de la pasion, supone un grande acaloramiento, un como desbordamiento de las ideas; y en la impetuosidad con que corre suele descuidar las gracias más menudas, derramándose con la fuerza y caudal de un torrente. Ya se comprenderá que esta manera de decir solo tiene cabida en las composiciones más elevadas de la oratoria y en los pasajes más importantes y apasionados.

Hé aquí una muestra del estilo vehemente, tomada de la célebre acusacion fiscal que tanta gloria dió á Melendez. Declamando el eminente orador contra un cobarde asesino y una esposa infiel, cómplice en la muerte de su esposo, dice así: «Permita V. A. que en este instante le trasporte yo con la idea á aquella alcoba, funesto teatro de desolacion y maldades, para que llore y se estremezca sobre la escena de sangre y horror que allí se representa. Un hombre de bien, en la flor de sus dias y lleno de las más nobles esperanzas, acometido y muerto dentro de su casa; desarmado, desnudo, revolcándose en su sangre y arrojado del lecho conyugal por el mismo que se lo manchaba; herido en este lecho, asilo del hombre el más seguro y sagrado; rodeado de su familia, y en las agonias de la muerte, sin que nadie le pueda socorrer; clamando á su mujer; y esta furia, este mónstruo, esta mujer impia haciendo espaldas al parricida, y mintiendo un desmayo para dar tiempo de huir al alevoso; este infeliz, el puñal en la mano, corriendo á recoger con los dedos ensangrentados el vil premio de su infame traicion; la desesperacion y las furias que le cercan ya y se apoderan de su alma criminal, mientras escapa temblando y azorado entre la oscuridad y las tinieblas á ponerse en seguro; el clamor y la griteria de las criadas, su correr despavoridas y sin tino, su angustia, sus ayes, sus temores; el tumulto de las gentes, la guardia, la confusion, el espanto, y el atropellamiento y horror por todas partes..... ¡Retira V. A. los ojos! ¡Se aparta consternado! No, señor, no: permanezca firme V. A., mire bien y contemple: ¡qué cuadro, qué objeto, qué lugar, qué hora aquella para su justísima severidad y sus entrañas paternales, para su tierna solicitud y su indecible amor hácia todos sus hijos!....»

Todo estilo vehemente es al mismo tiempo nervioso y enérgico; pero puede ser nervioso y herir con gran fuerza sin ser vehemente. En este último la pasion vence, por decirlo así, á la reflexion; en el nervioso la razon puede tanto como la viveza de los afectos.

§. 3.º

Estilo árido, llano, limpio, elegante y florido.

El estilo *árido* excluye toda clase de ornato, dirigiéndose

al entendimiento sin pretender interesar á la imaginacion. Solo puede tener cabida en los escritos didácticos, y esto cuando la materia es de grande importancia y muy clara de diccion. Pero como la enseñanza es cansada cuando carece de adorno, y como sea muy difícil que haya interés donde falta el agrado, el buen escritor debe conciliar en lo posible la instruccion con el deleite, no olvidando la regla de Horacio: *Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci.*

El *llano* se eleva un poco sobre el árido, y busca la pureza, propiedad y precision. El estilo árido huye de todo adorno, y aun le desecha si le sale al paso; el llano no se afana por buscarle, pero le acoge si espontáneamente se le ofrece, cuando encuentra en él, no un atavío lujoso, sino un medio de inculcar más sus ideas.

El estilo *limpio* supone ya atencion á la belleza del lenguaje, pero belleza sencilla que no nace de adornos rebuscados, sino de la buena eleccion de las palabras, de su graciosa colocacion y variada cadencia. El escritor limpio busca el agrado, pero sin grande esfuerzo de la imaginacion: usa de algunas figuras templadas y pone atencion á las formas, pero sin estudio en la armonía.

El estilo *elegante*, de más ornato que el limpio, usa de todas las bellezas de diccion, pero sin recargarla de primores que le harian afectado. Castiga las palabras y usa siempre de las más correctas. Huye de las terminaciones duras, economiza cuanto puede las partículas y verbos auxiliares, y desecha las frases descuidadas, las repeticiones viciosas, los hiatos, cacofonías y sonsonetes: en suma, halaga á la fantasía y al oido al mismo tiempo que instruye. Pero en él, como en todo otro estilo, debe reinar siempre una prudente mediocridad, porque el excesivo esmero por pulir y acicalar la frase enerva y afemina la oracion.

El estilo *florido* usa con mucha abundancia de las bellezas de diccion y de ingenio, y suele prodigarlas más de lo que pide la naturaleza del asunto. Generalmente en este estilo hay más imaginacion que sentimiento, defecto que achacan á Ciceron en las oraciones que compuso en sus primeros años. Aunque sea más fácil corregir la redundancia que remediar la pobreza, como dice Quintiliano; y aunque se disculpa mejor lo primero que lo segundo, nunca debe salirse el escritor de una prudente sobriedad, pues por más brillante que sea la composicion, no hay verdadera belleza donde falta la solidez.

§. 4.º

Estilo sencillo y afectado.

El estilo *sencillo* busca solo la claridad del pensamiento y pureza de la diccion, y desecha los adornos brillantes, los movimientos apasionados y la pompa del lenguaje. Hay cierta sencillez bella que se aviene muy bien con la viveza de imaginacion, y no excluye el ornato propio de cada género, pero sin esfuerzo y sin ostentacion. Esta sencillez supone siempre génio; y al encontrarla en un autor, nos parece estar hablando con una persona culta y de carácter elevado que nos deja ver sus sentimientos con franqueza y sin disfraz. Hay otra que solo tiene un mérito negativo, en cuanto que es opuesta á la afectacion. Esta, careciendo de otras dotes que interesen, cansa tanto como agrada la primera.

El estilo *afectado* supone falta de naturalidad, y es el resultado de los grandes esfuerzos que hizo el escritor por aparecer elegante, delicado, sentencioso, agudo, etc. No hay cosa que empalague tanto como la falta de naturalidad. La locucion más expléndida, la figura más valiente, la cláusula más cadenciosa pierden todo su mérito cuando se descubre el artificio. Y aquí conviene recordar lo que se dijo hablando de las figuras; que aunque todas son buenas en sí mismas, dejan de serlo empleadas fuera de sazon, ó traidas, por decirlo así, de los cabellos, en vez de ser inspiradas por la naturaleza.

CAPITULO XII.

Reglas para adquirir un estilo propio.

Las reglas más eficaces para formarse un buen estilo peculiar y característico, son:

1.ª Dominar la materia de que se trata; esto es, tener una idea cabal del asunto, de su enlace y conexiones. Un pintor no podria retratar fielmente el objeto que no tuviera á la vista. Del propio modo, lo que no se ve con claridad no puede expresarse con exactitud y sin que la verdad sufra detrimento.

2.ª Ejercitarse muy frecuentemente en la composicion; y no así como quiera, sino del modo que aconseja Quintiliano: *escribiendo despacio para llegar á escribir bien; que en sabiendo escribir bien, se logrará escribir con ligereza* (1).

3.ª Guardar los manuscritos algun tiempo, y revisarlos luego escrupulosamente para corregir las inadvertencias en que haya incurrido, teniendo presente el consejo de Horacio: *Vos carmen reprehendite, quod non multa dies, multa litura coercuit.*

4.ª Familiarizarse con el estilo de los buenos escritores mediante una lectura juiciosa, atenta y reflexiva de sus obras, no olvidando que *non multa, sed multùm legere oportet.* Para esto no han de elegirse indistintamente los modelos; debe darse la preferencia á los que tengan mayor analogia con nuestro génio, inclinaciones y gustos. Por feraz que sea un terreno, no puede ser igualmente acomodado para toda clase de producciones; y el buen agricultor cuida siempre de confiarle las semillas que mejor convienen á su calidad y circunstancias.

5.ª Una vez elegidos los modelos, y familiarizado con ellos el principiante, debe procurar imitarlos, no ya servilmente, sino con cierta prudente libertad, que ni le aleje del buen sendero, ni amortigüe su génio y natural disposicion. Al efecto se ensayará en ejercicios de composicion sobre unos mismos argumentos ó temas, y cotejando la copia con el original, notará más fácilmente las bellezas de que esté salpicado este y los defectos de que adolezca aquella.

6.ª Es tambien un ejercicio muy provechoso para adquirir la correccion de estilo trasladar de una lengua á otra pasajes bien escogidos, y comparar luego con una crítica imparcial y severa el texto con la version.

7.ª Sobre todo, procúrese no descuidar el fondo de los pensamientos por atender á la belleza de las formas, porque la belleza principal está en la solidez. El oido gusta de que se le regale; pero si el entendimiento no encuentra pasto saludable y conveniente, desaparece bien pronto la ilusion producida por el eco cadencioso de las palabras. *Malim equidem*, dice Ciceron, *indisertam prudentiam, quàm stultitiam loquacem.*

---

(1) *Summa hæc est rei: citò scribendo non fit ut bene scribatur; bene scribendo fit ut citò.*

CAPÍTULO XIII.

Del tono.

Es muy comun el confundir las palabras *estilo* y *tono* con relacion á las obras literarias, siendo así que difieren notablemente. Ya hemos visto que el estilo es el resultado de las calidades dominantes en el lenguaje, en los pensamientos, en sus formas, en la coordinacion de las cláusulas, etc.: *tono* es «el diverso grado de elevacion que presenta el estilo segun la intencion y situacion moral del que habla.» Así decimos tono *acre, mordaz, sarcástico, irónico, profético, magistral, decisivo*, etc., cuando por el modo de decir descubrimos que el espíritu del escritor está como dominado de alguna de las ideas envueltas en esos mismos nombres. Decimos igualmente tono *épico, lírico, prosáico*, etc., con relacion á las obras cuyo carácter remeda en cierto modo con su mayor ó menor elevacion.

Ningun tono es malo en sí mismo, aunque tal vez se halle empleado inoportunamente; y sin embargo puede serlo el estilo, como de hecho lo es cuando le faltan las buenas calidades que debe reunir. Puede por ejemplo escribirse una obra en tono satírico y ser bueno el matiz de la sátira, adoleciendo el estilo de dureza, incorreccion, redundancia ó cualquiera otro vicio.

Por último, al tono, como resultado de diferentes principios, no pueden convenirle con propiedad todas las denominaciones que damos al estilo, ni por el contrario á este todas las que damos al tono. Diríamos mal: *tono florido, nervioso, embrollado*, etc.; *estilo magistral, persuasivo, sarcástico*, etc. Y si hay epitetos que igualmente pueden aplicarse al estilo y al tono, son aquellos que no nacen precisamente de las cualidades relativas al génio y á las reglas de la lengua.